

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES:
CONCEPCION, TELEFONO, 419
APARTADO DE CORREOS, 20
PRECIO DEL EJEMPLAR, 10 CENTIMOS.
Suscripción (Capital) 2 pesetas mes
Suscripción (Fuera) 7 pesetas trimestre

HOY

DIARIO DE LA MAÑANA

Philips Radio
AGENCIA:
Edmundo Alfaro



Año I

ALBACETE, jueves, 10 de marzo de 1932

NUM. 58

DESCUBRIMIENTOS DE LA REPUBLICA

Valores positivos

AZANA

Sin la implantación de la República en España no hubiera sido posible novar los procedimientos antieuropeos, arcaicos e injustos para designación de las personas a puestos preeminentes por seguirse un procedimiento equivocado, o sense, elegir los cargos para las personas. En la República surgen las personas para los cargos. El señor Azana educado en las disciplinas Agustinianas de El Baccoral se revela como un místico en su modestia y más tarde encuadrado en su despacho del Ministerio de Gracia y Justicia, compartiendo sus tareas burocráticas con sus aficiones a la literatura teatral sin olvidar los clásicos y las organizaciones militares extranjeras, su brillante actuación en el Ateneo... y no encontrando acomodo su rebeldía a la actuación iconoclasta en el ideológico campo melindriado, dedicase a conspirar para el advenimiento de la República, del que es hoy el más firme baluarte. Eligió sin duda el Ministerio de la Guerra por entender que era la empresa más ardua la de acabar con el militarismo del último siglo, allí está su labor, si con el mismo celo, talento, voluntad y habilidad hubieran procedido los demás ministros de la República, el espíritu de la Justicia estaría novado, la Economía estaría próspera, la legislación del trabajo promulgada en vía unilateral, no hubiera decaído los campos y fábricas, la reforma agraria estaría implantada hace meses, etc. etc. Es el primer gobernante de la República española: su manera de acallar los intentos revolucionarios, sus discursos elocuentes a la par que sonidos, llenos de doctrina jurídica—del momento—sobre reformas militares, interpretación de los problemas de la Guardia civil, Orden Público, problema clerical y modicás coercitivas contra los Retirados subversivos, acreditando como el primer tribuno de la República a la par que el gobernante adecuado a la idiosincrasia española que acentúa día por día su autoridad moral sobre el país y sobre las fuerzas parlamentarias que lo hacen hoy insustituible, siendo su mayor mérito obtenido hasta la fecha el que colaborando con los socialistas en el banco azul, está haciendo rectificar los extremismos de dicho partido consolidándose en el Poder y quizá obteniendo en su día el Decreto de su disolución, con el relevante mérito que supone que sin ser caudillo de masas, sin dirigirse a la galería quizá con el prejuicio de un carácter serio, un tanto austero, le aplaudan las masas parlamentarias que otros caudillos, adquiriendo su figura política un relieve que no podrán otros conquistar en cincuenta años y llevará a feliz término los problemas del burocratismo, incompatibilidades, presupuestos y tantos otros que se proponga.

J. M. V.

FRANKISQUILLAS

OTRO JUQUETE

¿Cómo el ingenio derrama Bartou el americano!
¡Vaya canchuta en roman!
¡Eso es discuirir, hermano!

Y el aparato que inventa, tan oportuno es, que viene cuando no hay noticia contenta del armamento que tiene.

Aun el terrible Justí que a Prusia dió gloria un día, sólo nieta el cón por mí. Total: una porquería.

¿Bayonetas? ¿Habrá alguno a quien impongan respeto, si pinchan uno por uno al tanto que está quieto?

¿Que en cualquier aula se cuela una granada alevesa? Treinta nenas y una escuela velen bien poquito cosa.

¿Cuándo decida la minú o el obús una ballina, si el uno a ratos no atina y la otra o veces no estalla?

Y si de la mar tratamos el torpedó a pesar vas... ¿Dos mil pasajeros? ¡Vamos! ¡El torpedó vale más!

¿Cañones? ¿Tanques? Camioneta. Trebillos que causan risa. Ninguno cumple el programa de matar mucho y deprisa.

De aquí que el trasto bonito me guste una enormidad. ¡Apretando un botoncito se hace polvo una ciudad!

Por eso en notas vibrantes por el genio alto mi prez. ¡Lo que hoy que hace, cuanto antes y se acaba de una vez.

¡O sea, caro lector, que Hobbes en su toconismo dijo la verdad mayor. El enemigo peor del hombre es el hombre mismo!

Francisco BELMONTE.

Buenos días...

—¿Qué me cuenta usted de política? ¿Alguna noticia sensacional...?

—¡Oh, no! A lo que parece, «lo sensacional» agotóse, me atrevo a creer que por fortuna. El ambiente va serendándose, aquietándose, y se llena de calma. Las pasiones se enfrían ya, y el péndulo nacional recupera su ritmo. Y ciertas ambiciones parecen apagadas, porque ya están satisfechas suficientemente, unas; otras, porque acaban de convenir en lo que no han de verse realizadas nunca...

—Perdone usted que le interrumpa. Pero es que tengo prisa, y ese «principio de discursos» me hace sospechar que no tiene usted nada importante que decirme.

—Veo que ha olvidado usted el placer de deparar ambientitos, mientras el violín tira las lágrimas acordes, mientras de un largo. Eso que pudieran llamar «atmosfera de mítines» ha durado demasiado tiempo, y ha matado muchas cosas pequeñas, menudas, pero llenas de encanto...

—¡Bah! No me venga usted ahora con monsergas líricas.

—Bien, bien. Va sabe usted, mi viejo amigo, que estoy dispuesto a todo para no disgustarle. Hablemos, si no le parece mal, de ese «cartel de izquierdas» en el que los nombres de José Ortega y Gasset y Marcelino Domingo se abrazan amistosamente.

—No, joven amigo mío. He leído ya todas las suposiciones que, en tanto de cartelito, pueden hacerse, y, a lo mejor me «coloca» usted otro parrafato sobre esas dos figuras españolas. ¿Quiere usted desesperarme?... Hasta mañana.

—Adiós. Que mañana venga usted un poquito más comprensivo. Por que sea así, ofrezco el sacrificio de oír este tango.

El general Cabanellas

De regreso a Madrid ha pasado por esta capital el Director general de la Guardia civil don Ramón Cabanellas, con sus bellas hijas, deteniéndose breves momentos en el café del Hínel Hotel.

LA CUESTION POLITICA

Otro triunfo de Azana

Se había cargado la atmósfera. El ambiente político, bastante enrarecido, creían los Gil Robles y compañía que podía dar un golpe.

Se había formado el cerco para combatir a Azana y su política, escribiendo como arma la sanción a «El Debate» y algún otro periódico extremista.

Corrían vientos de honda cuando se ha abierto la sesión que pasará a la historia con el calificativo de solemne.

Pero como para el que marcha por el camino recto y va asistido de la razón nada pueden argucias y enredos de tra-

moya, tan pronto se levantó la recia figura de don Manuel Azana en el banco azul, cayó por su base el castillo de naipes de la opinión derechista con el séquito de alondras que le iban a la cola.

Habló Azana que es decir que habló la ponderación y el buen sentido.

Y las cañas se volvieron lanzas: se retiró Gil Robles de la liza, huyendo las cornejas y fue apuntar otro tanto al Gobierno.

Este de los más estimables, de los más señalados.

Hasta otra, si hay quien se atreva.

ACCION REPUBLICANA

El próximo domingo día 13 tendrá lugar en el Teatro Circo, a las 11 de la mañana, un acto de propaganda en el que actuarán destacados Diputados de las Constituyentes

El mismo día se celebrarán mítines en Hellín y Almansa organizados por el mismo partido

MELODRAMAS DEL MUNDO

Como se entra en la cámara de la muerte

Silencio! "This man is dead"

Por J. M. TORRES PERONA

Es una habitación blanca, ni flumante ni fría, con un ventanal acristalado al centro del techo bajo. Tendrá unos veinte pies de largo, algo menos de anchura. Toda pintada de blanco; silenciosamente alumbrada, sin exceso de claridad, sin nada saliente. Al fondo, dos puertas blancas. Sobre la derecha, un pequeño retrato rojo, no muy claro: "Silencio".

Del centro de la estancia se separa una zona de la estancia, una especie de prolongación del respaldo, para reclinar la cabeza. Al trazo a la izquierda las sillas de las viejas barberías de España. Detrás, una mesita con una pared. Y al lado una camilla con ruedas, como las de los hospitales. Nada más. Nada reluciente, no hay artefactos metálicos, no hay hilos eléctricos; nada "esperpetuosa"; en la fatidica silla...

Me empujan hacia la derecha y veo unos bancos. Como soy el primero me siento casi frente a la puerta de la derecha. Mientras entran los demás, hay ruidos como los que hacen en las iglesias los gentes al acomodarse en los bancos. Los policías se han alineado contra la pared a la izquierda. Dos o tres portezos a espaldas mías, anuncian que está errada ya la "Cámara de la muerte". Yo tengo enfilada, a cinco pasos de mí, la puerta del retrato "Silencio". Siento cómo me late el pulso mientras me duelen los ojos de querer fijar con la mirada aquella entrada que presiento va a dar paso a Senra. Se ha hecho de pronto un silencio absoluto. Un policía barrigudo, detona un poco ajustando la guartera bajo el cinturón. El "Warden" hace una señal y un policía abre la puerta derecha y entra.

Un eco de mi viejo de asiento se me funde poco a poco en el oído. No le miro siquiera. Detrás de mí oigo respirar muy alto a otros "invitados". Se me saltan casi los ojos mirando al frente y el pedáneo levantando el dedo hacia la rodilla derecha.

Es un instante. Apenas medio minuto tardan los cinco o seis pasos hasta la silla. Senra lleva las manos juntas sobre el pecho y entre ellas un pequeño cartoncito que parece demasiado grande. Su rostro livido, como, hinchado; los ojos entornados, un mechón de pelo hacia la frente y un pequeño temblor en los labios—como si rezara, mientras él expellón de sotana negra, alza aquellos de vivos ojos, rostro rubio—le sigue revolviendo en alta voz una pliegarra. Llegan a la silla. Senra es torcido hacia el público, se le sienta como a un niño de pecho, se le arrodilla ante él dos guardias, otros dos se inclinan hacia el rostro cruzado de correas negras. Sus brazos y una mano pálido sobre el pecho.

Sólo se oye el chocar de los cuerpos y las habillas, suavemente. El sacerdotito se ha retirado con el crucifijo en las manos, se separan los guardias y ya no se ve sino una forma oscura, pequeña, muy pequeña, contra el respaldito de la silla, los brazos sobre los brazos de madera roja y la rodilla derecha del pantalón estroñado, encima de la alpargata blanca, un poco de carne morena y volada. ¿Tiembra aquello, tiembra la cara tras la rejilla que formata las correas negras? Me duelen los ojos de mirar a Senra. Algo me repite dentro—una y otra vez, una y otra vez: "habla español, es español"... Es un sus-

piro, un gemido, una palabra la que se le oye...

No lo veo, pero siento que alguien ha hecho un movimiento desde la puerta de la sala y el pedáneo—árbitro, imposible, indiferente—que está detrás de la silla, retrocede hasta la pared. Parece apoyarse un instante en la mesita y se oye un sorbo profundo. Es como el que hacen los ascensores antiguos al empezar a subir. La forma hinchada, una proporción de la silla, se estira. La cabeza queda un poco hacia atrás. El pecho se arquea. Y los brazos, con las manos, tendidos sobre la silla, toman un gesto rígido como de muerte, como de empujar...

Segue el zumbido sordo. De pronto empieza a sentirse un alfilerito, un chisporroteo, como de agua hirviendo sobre el fuego. Y pienso en las relaciones de electrofuerzas luminosas y entiendo el olor a "quemado". No lo hay. Hanos los segundos, los minutos, eternamente, angustiosos, horribles. He dejado caer el reloj al suelo de la cámara, sin mirarlo. Luego corrompo el sudor por la frente. Hay un silencio casi irrespirable y pasado, interminables, desesperantes, los minutos entre el zumbido y el chisporroteo que espesan por qué Senra parece tan fuerte y pronto e imperioso en la silla de sudor rojo, con la cabeza encamada tan alta...

Al fin, el pedáneo que custodia la sala, se apaña de nuevo contra la mesita. Y lentamente cosa el zumbido. Nadie se mueve. Unos segundos más, y algo imperceptible ha variado en la silla. Senra parece desaparecer. Todo el cuerpo se reanuda contra el respaldo, los brazos no son ya imperiosos, las manos apenas abultan bajo las correas. Y la silla de sudor rojo, con la cabeza encamada tan alta...

Al fin, el pedáneo que custodia la sala, se apaña de nuevo contra la mesita. Y lentamente cosa el zumbido. Nadie se mueve. Unos segundos más, y algo imperceptible ha variado en la silla. Senra parece desaparecer. Todo el cuerpo se reanuda contra el respaldo, los brazos no son ya imperiosos, las manos apenas abultan bajo las correas. Y la silla de sudor rojo, con la cabeza encamada tan alta...

Hay un segundo ruido de pasos, de bancos. Se oye abrir la puerta. Un policía desata las correas que encajaban el rostro del ajustado y apruebo la cara livida del ajustado, con los ojos hundidos, entornados a medias, opacos y con pupilas abiertas, oscuras, que miran hacia lo alto. La boca abierta totalmente, no tiene dientes. Los labios entumecidos las ocultan y solo se ve un hocico negro, que completa un gesto fijo e insidioso en el que sé Senra, como de mirar hacia adelante y hacia arriba, con la boca a punto de decir algo, de asombrarse de algo inaudito o de lanzar una impresión...

Estoy en pie. Justificadamente me he aproximado al centro de la estancia. No he mirado el reloj. No se cuanto ha durado todo aquello; si minutos o segundos. Olvido trozos de cosas de los guardias contra las paredes, del capellán junto a mí—crucifijo en manos y rezando en alta voz—que se me han prendido a la memoria. Algún me empuja suavemente. Voy hacia la puerta, salgo al aire libre, desmenuo el camino entre la noche bellísima frente a las ventanitas oscuras, enrejadas, ante la perspectiva del río hacia abajo y voy por los jardines inceptivos del "Warden", de regreso de ver matar a un hombre...

"Gente moza"

Ha salido a la luz en nuestra ciudad un periódico mensual, titulado así: «Gente moza».

Correspondemos cordialmente a su salud, deseándole aciertos y prosperidades.

De ayer a hoy

Para que la tarde de ayer—cuelo azul y tibio sol—hubiera sido una tarde de primavera, solo falta que quien sepa donde está la entrada de la inmensa cueva por donde sale el viento, hubiera echado en ella unas espumas de jabón para taparlas y no dejarle salir al molesto elemento.

Pero, a pesar del viento, se alargó el paseo hasta el Parque, que después de las lluvias, es una delicia. Encontramos novedades: placas. Placas de dos clases: las que tienen fotografías y se largan la cartulina, y las placas llamantes que rotulan las dos principales avenidas.

Se las han dedicado a Galán y García Hernández. ¿A quien mejor? En los lugares más amenos y pintorescos y festivos de la capital están siempre esos nombres para refrescar la memoria a los mayores; para que la infancia vea aprendiendo un día y otro día que los que llevaron aquellos apellidos se sacrificaron por ellos y para ellos. Para que fueran ciudadanos de un pueblo libre y no borregos de una tribu con pretensiones.

Ahora que se da el contraste de la bondad de la idea con lo desastroso que se ha ejecutado.

¿Cuál es la avenida dedicada a García Hernández? ¿Cuál la de Galán?

Hay cuatro placas y las han ido a colocar de modo que el paseante se orna un día de mil demonios: la entrada del paseo central se lee «Avenida del Capitán Galán», al final, «Avenida del Capitán García Hernández». En la esquina que arranca del kiosco de la música, «Avenida del Capitán Galán»; arriba al final: «Avenida del Capitán García Hernández».

¿Quién es quién? ¿Y cuál es para cuál?

Tendrá que haber trasegado de placas o no sabemos nunca por donde andamos, si por la avenida de Galán o por la de su compañero.

M. P.

Tarjeta postal

Señor Alcalde:
Las orugas del Parque están en la República más contestas que chicos con zapatos nuevos porque las deja tranquilamente vivir y multiplicarse.

Todos tenemos derecho a la vida, y las orugas, si no se dejan caer sobre los pacíficos mortales y no levantan esas ronchas en el pescuezo que producen el escozor y el sufrimiento del agua hirviendo, puede que también fueramos de opinión de que las dejaran disfrutar de los encantos del Parque.

Ya que esos insectos se enseñan con los mortales, usted debe tirar a acabar con ellos. El año pasado, cinco o seis hombres durante varios días, se dedicaron a extirparlos. Dé usted órdenes, y manos a la obra.

El Señor A.

Necrología

En la mañana de hoy, a las diez y diez y media, en la Iglesia de San Juan, se celebrarán las misas de nueve días, en sufragio del alma de la señora doña Llanos Mateos Sotos (q. e. p. d.).

Con tal motivo renovamos nuestro sentido pésame a su distinguida familia, en particular a sus sobrinos, nuestros queridos compañeros don Alberto Mateos y don Guillermo Fernández Mascareque.

Lea V. Hoy

Diario de la mañana